

recibió rezando, calló y continuó su oracion. Hasta que esta fué acabada no mandó entonar el *Te Deum*: nadie sabia por qué.

Todos sus actos llevaban el sello del misterio y de la tenebrosidad. Montigny, el príncipe de Orange, Escobedo, Antonio Perez y el príncipe Carlos, son arcanos que se traslucen hoy, pero que no se revelan. ¿Serán perpétuamente enigmas algunos de ellos? ¿Lo será la prision misteriosa del príncipe, objeto de tantas curiosas investigaciones, incluso las nuestras? Poseemos la copia de un codicillo en que mandó fuesen quemados sin ser leidos los papeles tocantes á negocios terminados, y especialmente de difuntos. ¿Será improbable que se halláran entre ellos los que han buscado con tanto afán biógrafos, críticos é historiadores? Sea lo que quiera, creemos que hubiera podido ser Felipe el mejor inquisidor y el mejor jesuita, como el mas diestro embajador y el mas astuto ministro. Era rey, y lo reunia todo.

Mas donde ha quedado perpetuamente esculpido su genio es en esa colosal maravilla que se levanta magestuosa y severa al pié de una cadena de cenicientas montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devocion. Diríase que era la fortaleza en que habia querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento norte presagiaba. «¿Como habia de

traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicóle á San Lorenzo en conmemoracion del dia en que se ganó la famosa batalla de San Quintin, y quiso que el edificio representára la forma de las parillas en que fué quemado el santo: singularidad que ha dado ocasion á algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízole á un tiempo para vivienda de monjes y para alcázar de reyes: y la cámara régia al lado de la celda prioral, la corona junto á la cogulla, y el trono de España bajo el mismo techo que la regla de San Gerónimo, representan el gusto del monarca y el espíritu de la época.

Pero el reinado de Felipe fué todo español. A diferencia del de Carlos V., ni en su consejo ni en su córte predominaban estrangeros. Si Carlos V. hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alemana: si la hubiera dominado Felipe II., la hubiera hecho española. Aun sin haberla vencido, la superioridad de su política y la superioridad de nuestra literatura, difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España, y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trages. París mismo se asemejaba

á Madrid, y tomaba de los españoles hasta las extravagancias que les habia de devolver despues; porque un siglo antes que Luis XIV. pudiera llamar á Madrid *la córte francesa de España*, habia llamado Felipe II. á la córte de Francia *mi bella ciudad de París*.

Los españoles, avezados ya á las largas espediciones militares en que recogian gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por mas de siete siglos á mirar á los enemigos de su culto como enemigos también de su independenciam, servian gustosamente de instrumentos á las empresas de su monarca, y fueron, como eu tiempo del emperador, á pelear en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra hereges y contra cristianos-católicos, y la política española intervino en todos los negocios de Europa. Ganáronse muchos laureles para recoger despues muchas espinas.

La política de Felipe con los Países-Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió á España su dinero y sus hombres. Para España fué una fatalidad, y para Flandes una providencial expiación. Medio siglo hacia que habia venido aqui un príncipe flamenco, cuyos primeros pasos fueron extraer nuestras riquezas, dar á flamencos los mas altos puestos del estado y ahogar nuestras libertades. Al cabo de cincuenta años un monarca español,

hijo de aquel, trata á Flandes como á pais de conquista, confiere los primeros cargos á españoles, y prueba á establecer alli la Inquisicion española. Los flamencos se irritan y se levantan, como aqui se irritaron y levantaron los castellanos. Alli se firmó el *Compromiso de Breda*, como aqui se formó la *Junta de Avila*. Alli perecieron en un patíbulo los condes de Horn y de Egmont, como aqui habian perecido Paredilla y Bravo. En Castilla fué incendiada Medina, y alli fueron profanadas y saqueadas mas de cuatrocientas iglesias en Flandes y Bravante. La expiación fué terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque despues de infinitos desastres y de infinitos horrores ejecutados por españoles y por orangistas, y despues de gastados generales y tesoros, el resultado fué constituirse la república libre de las Provincias Unidas alli donde Felipe quiso establecer un imprudente despotismo, y producir una guerra larga y desastrosa que habia de terminar por la pérdida de aquellos ricos paises.

El afan y los esfuerzos de treinta y ocho años por dominar en Francia y colocar en aquel trono á la infanta su hija, costó muchos millares de hombres y treinta millones de ducados, para venir á someterse al célebre tratado de Vervins en que reconoció á Enrique IV. y se obligó á restituírle todas sus conquistas. Sacamos de alli los triunfos de San Quintin y de Gravelinas, y el placer de haber guarnecido algun tiempo á París tropas españolas.

Mientras Felipe suscitaba enemigos á Isabel de Inglaterra y protegia á María Stuard de Escocia, el Drake depredaba las colonias españolas de América, y los piratas ingleses apresaban nuestros buques y se llevaban las flotas de oro. El desastre de la Invencible armada fué una pérdida irreparable para España, que dejó desde entonces de ser la señora de los mares. Subió de punto el poder marítimo de la Gran Bretaña, y una vez se atrevieron los ingleses á penetrar en Cádiz, y se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas. Juró Felipe vengar el ultrage, pero otra vez dispersó la armada española una tempestad. Data de aquel tiempo la decadencia de nuestra marina.

No fué mas feliz en el proyecto de enseñorear el Báltico y de estender su influencia á los estados escandinavos. Frustráronse sus costosos intentos por la repentina conversion de Juan de Suecia en sentido inverso á la de Enrique IV. de Francia.

La mayor gloria militar que alcanzaron las armas españolas en aquel tiempo, fué la memorable victoria de Lepanto, que celebró con trasportes de júbilo toda la cristiandad, y el mas rudo golpe que pudo darse al poder entonces inmenso de la media-luna. Pero dióse tiempo á los turcos para rehacerse, y al año siguiente pudo el sultan hacer salir del puerto de Constantinopla una nueva escuadra de doscientos cincuenta navíos. Al cabo vinieron á ajustarse treguas

con el turco; mezquino resultado, que ni correspondió á los esfuerzos que costára á la nacion, ni á los triunfos que habia sabido alcanzar el ilustre bastardo de Cárlos V.

Con la conquista de Portugal se realizó por primera vez la completa unidad de la Península ibérica; y asi como Suintila fué el primer soberano godo que pudo llamarse sin contradiccion rey de la España entera, asi Felipe II. fué el primer soberano de la edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, pues no habia ya una sola pulgada de territorio desde Gibraltar á los Pirineos que no fuese del dominio del monarca español, y por primera vez al cabo de cerca de nueve siglos recobró España los límites naturales que le señalaba su geografía. Agregáronsele las inmensas y riquísimas colonias que los portugueses poseian en Africa, en América y en las Indias. ¡Cuán poco habian de durar aquellas importantes adquisiciones! En vez de un gobierno prudente, conciliador y benéfico, que hiciera olvidar á los portugueses su humillacion é identificarse gustosos á la gran familia española, la dura politica de Felipe ofende su nacional orgullo, mantiene vivo el sentimiento de su independencia, y espiando la primera ocasion de sacudir el yugo español, España verá con dolor desprenderse otra vez ese rico florón de su corona antes de extinguirse la dinastía austriaca.

Llegó, pues, la España en el reinado de Feli-

pe II. al apogeo de su material grandeza. Era un imperio que se derramaba por todo el globo. En medio de muchos reveses y de muchas empresas malogradas, se habian ganado glorias militares sin cuento. El nombre español era un nombre universal. ¿Podrían conservarse á tal altura el nombre y el imperio? Tales adquisiciones, tantas expediciones y guerras no se habian hecho sin imponer á la nacion sacrificios inmensos, sacrificios insoportables. Habíanse consumido los tesoros del reino y lostesoros del Nuevo Mundo por el loco empeño de conservar países apartados, que sobre constituir un gravísimo y perpétuo censo para España, fuera demencia prometerse jamás de ellos una incorporacion sincera y provechosa. El temerario afan de Felipe de someter la Europa á su conciencia y á su cetro, nos atrajo su enemistad sin lograr ningun fruto: y mientras en el interior el fatídico fuego de las hogueras del Santo Oficio ahogaba la vida política de la nacion, y se malograban los muchos elementos de prosperidad que habian sembrado los reyes Católicos, en el exterior se gastaba su vitalidad material en el intento de sujetar pueblos que no nos habian de servir y que habíamos de perder. Dejó, pues, Felipe II. á sus sucesores una España gigante, pero gigante extenuado y por muchos lados vulnerable, y aquel aparente engrandecimiento encerraba el gérmen de la decadencia que apuntaba, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillacio-

nes. Volvamos la vista á otro cuadro mas halagüeño.

Felizmente este mismo siglo de batallas y de sacrificios humanos es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, de que habia sido preludeo el reinado de los reyes católicos. Las guerras de Carlos V. han puesto á los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban las obras maestras de Leonardo Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, de Ticiano y de Corregio, los estudios y talleres de aquellos insignes artistas, son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos, traerlos despues á su patria, y fundar mas adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitacion y acaban por producir una vigorosa originalidad. Dos veces en el trascurso de los tiempos ha prestado tambien esa bella Italia á los genios españoles modelos literarios que imitar y escuelas en que aprender: la Italia de Augusto, y la Italia de Leon X., el Augusto sagrado del siglo XVI. Y ambas veces la España se ha emancipado pronto de su maestra, creándose una literatura nacional, independiente y propia, que habia de trasmitir luego á otros pueblos.

La poesía lírica y la dramática, la ligera sátira y la grave epopeya, la novela y la historia, el género didáctico, el místico y el festivo, todos los géneros,

todos los estilos y todas las formas literarias tuvieron en el siglo XVI. dignos intérpretes que al cabo de trescientos años sirven todavía de modelos. Muchas lumbreras derramaron la luz de las letras por el horizonte español. Es el siglo de Garcilaso, de Rueda, de Ercilla, de Herrera, de los Luises de Granada y de Leon, de Mendoza, de Zurita, de Arias Montano, de Santa Teresa, de Lope de Vega, de Mariana y de Cervantes. Y tal impulso recibió la literatura española en los reinados de Carlos V. y de Felipe II., que la veremos avanzar todavía magestuosa y rica por los reinados de los siguientes Felipes, conducida por Rioja y Calderon de la Barca, sirviendo de tipo á las demas naciones, hasta que comenzando á caer en manos del culteranismo con Góngora y Quevedo, degenerando de corrupcion en corrupcion, llegue á una anticipada decadencia y á una prematura decrepitud como la monarquía.

Incomprensible parece este desarrollo intelectual en un pueblo comprimido por la Inquisicion y en medio del ruido de las armas y del estruendo de la pelea. Pero el Santo Oficio ejercia sus rigores sobre los libros de teología, de filosofía ó de derecho, que pudieran atacar ó lastimar las doctrinas del mas puro catolicismo, tal como entonces los inquisidores y el monarca le entendian. Inexorable en estas materias, pocos hombres distinguidos por su saber pudieron librarse de las persecuciones de aquel terrible tribunal.

En cambio la poesía, terreno neutral y ageno por su índole á las cuestiones teológicas y filosóficas, podia tomar todo el vuelo que quisiera, y monarcas é inquisidores eran indulgentísimos para las licencias de la imaginacion, escepto en lo que tocara á asuntos religiosos. Complaciales por el contrario que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores y los dulce desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo mas libre, y refugiándose á él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron la poesía una especie de soberana de la literatura.

Ni es menos sorprendente que tantos ingenios cultiváran las letras en medio de la agitacion de las batallas, enemigas al parecer de los sentimientos tiernos y de los estudios tranquilos. Parecia que del choque de las lanzas y de los escudos salian chispas de inspiracion para aquellos ingenios guerreros. Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI. y aun antes de él produjo la España. El cronista Perez de Guzman se encontró como soldado en el combate de la Higuera: Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte: Jorge Manrique manda expediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Velez, y hace tiernas elegías: Bernal Diaz del Castillo acompaña á Cortés á Méjico, se en-

cuentra en ciento diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la Historia verdadera de la conquista de Nueva España: Boscan pelea por su país, y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Carlos V. hace versos y novelas picarescas, y escribe con dócta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Carlos V. en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Tunez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la Invencible armada, y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos en Arauco, y combatiendo escribe la Araucana: Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel escribe comedias y novelas originales, y asombra el mundo con su Quijote. No se podía decir aquí aquello de: *musæ silent inter arma*; pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañon y el áspero crujir de las espadas y rodelas.

La historia literaria de España en aquellos siglos representanos los tres períodos de un largo día. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en los siglos XI. y XII. va siempre derramando mas luz hasta

el XV., para alumbrar en pleno día en el XVI. y entrar en el crepúsculo de declinacion en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este día, si no supiésemos que las letras como el sol vuelven despues de haberse marchado á alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir á comunicar su luz á otras regiones de Europa, volverán á iluminarle á fines del siglo XVIII. para bañarle en el XIX. con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que esperamos alcanzará el siglo, que ha de vivir mas que nosotros. Asi las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y asi es necesario para el progreso perfectivo de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII.

A la independiente actividad de Felipe II. sucede la sumisa indolencia de Felipe III., y el hombre á quien no habia podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino